

## UN HONOR EL PODER ENTRAR EN SUS VIDAS.

Nos encontrábamos limpiando material sanitario utilizado en la intervención anterior, reponiendo fármacos y fungibles, cuando una nueva llamada nos indicaba que un varón de 45 años se había caído desde más de 2 metros de altura, en una nave abandonada y que se encontraba inconsciente. Sin margen para la duda, los integrantes del equipo, unimos las energías; apresuradamente recogimos, y colocamos todo lo que fue preciso de camino al incidente, mientras los otros dos compañeros de la dotación nos llevaban hacia el suceso.

Era una noche, al pie de las 9.30 horas, fría y húmeda del mes de noviembre. Efectivos de la guardia urbana de la localidad, nos indicaban desde la lejanía con señales lumínicas, el lugar de los hechos, con diligencia, los técnicos de la dotación acercaron el vehículo hasta el lugar. Una vez allí observamos 2 coches patrulla de policía así como otras tantas motos. Uno de los agentes se acercó hacia nosotros, y se dispuso a contarnos.

El paciente se trataba de un viejo conocido de ellos, quizás como sucede en ciertas ocasiones, porque su fragilidad social o de salud, hace que precise de sus servicios en diversos momentos. Nos hablan de que Jesús, se ha caído cuando subía por una escalera sin barandilla de la nave abandonada que estaba a sus espaldas. Que el acceso, es complejo porque no hay luz y que su nivel de conciencia es muy bajo.

Equipados con las medidas de protección oportuna: Cascos, guantes anti corte, e iluminación, el equipo sanitario formado por sus cuatro miembros y escoltados por la policía, como si de personalidades influyentes se tratase, inician el acceso al recinto. Un hueco en la valla metálica, es el primer obstáculo a superar, más tarde vinieron un terraplén con piedra suelta, y una vegetación rastrera, que parecían ser unas zarzas, antes de introducirse por lo que fue una puerta de acceso a la nave, en aquellos mejores tiempos vividos antes de caer en el abandono y posterior ocupación. Una vez dentro la luz escaseaba aún más si cabe, pero ayudados por los policías comenzó el discurrir por diversas estancias, pasillos y recovecos que fueron quedando atrás. En ellos se podía vislumbrar enseres personales desocupados, amontonados en ocasiones, que hacían pensar que servía de refugio y quizás hogar a distintas personas, familias o a saber...pero allí no vimos ninguna presencia

humana. Accedimos a una estancia más amplia, de la cual, al fondo y a su izquierda salía una escalera metálica que comunicaba con la estancia superior. Efectivamente no se observaba pasamanos en su lado exterior por lo que el policía nos indicó que subiéramos con cautela, no sin antes percatarnos, porque así también nos lo hizo saber, de un charco de sangre que había en el suelo de hormigón. Sorprendido por no encontrar al paciente junto al fluido corporal, seguimos en procesión el camino marcado por los agentes. Ya en la zona superior, y al fondo de esa estancia pegado a un gran ventanal, pero carente del cerramiento alguno, vimos a una mujer rubia con un abrigo blanco como la nieve, que sujetaba la mano de Jesús. Al vernos aparecer en mitad de la oscuridad, le indico que la ayuda ya estaba aquí.

Acurrucado en un colchón, tirado en el suelo y tapado con sabana y diversas mantas, se dibujaba una silueta humana. Esa estancia superior, que difícilmente podía ser más espartana era en la actualidad su hogar. Allí había también un taburete, que hacía las veces de mesilla de noche, donde se encontraba un reloj despertador, así como una dentadura postiza y una vela, apagada en este momento a pesar de la escasez de luz. A continuación, alguna bolsa de rafia, al igual que cajas pegadas a la pared guardaban diversas ropas y calzados..

Sin más tiempo que perder en el análisis de la escena, los cuatro sanitarios nos acercamos a Jesús, y tras llamarle y no obtener respuesta nos puso aún más si cabe sobre alerta. Jesús, Jesús, no me oyes, grite yo con energía, ante lo cual el abrió ligeramente los ojos, no sin antes decirnos que nos fuéramos, que no quería ser tratado y menos trasladado al hospital, y después los volvió a cerrar. En su cuero cabelludo, no cubierto por la ropa de cama que le tapaba hasta el cuello, se apreciaba una gran herida, no sangrante en el momento actual, con bordes muy irregulares. La mujer que le acompañaba, María, que era su pareja actual, nos informa que el percance fue hacia poco más de 2 horas, que se había caído cuando volvían de la calle, desde el tramo superior de la escalera que había mencionado el policía. Que inicialmente perdió el conocimiento, y que cuando lo recupero se negó a que pidiera ayuda. Que como ella sola pudo, lo subió al piso de arriba donde ahora nos encontrábamos, y lo metió en la cama. La hemorragia se fue parando, y una mancha de sangre que ya no era fresca, daba testimonio de ello, sobre la blanca funda de almohada. Noto como su nivel de respuesta estaba bajando con el paso del tiempo, y aunque el alcohol, que Jesús había ingerido a lo largo del día, parcialmente anestesiaba sus dolores, no consiguió mitigar el malestar en su hombro derecho, columna cervical y rodilla izquierda. También ha tenido dificultad para respirar, indicó María, pero lo que más me preocupa es que cada vez se está quedando más dormido y que esto pueda llegar a ser el final. Por todo ello les he hecho llamar.

El equipo de emergencias comenzó la atención. El médico verifico su respiración y su estado neurológico, uno de los técnicos monitorizo sus signos vitales y el otro ayudándome a mí, se dispuso a limpiar, parar y cubrir la hemorragia que aún si quería brotar de su cuero cabelludo. Jesús, se dispuso nuevamente a confirmar con los ojos cerrados, que le dejáramos ahí, que le curáramos pero que él no iría a ningún lugar.

Una vez realizada esa primera asistencia y evaluación, el médico de la dotación indico tratamiento y cuidados a administrar, para comenzar a realizar esa dificultosa evacuación desde aquel habitáculo en aquella nave abandonada, hasta nuestro vehículo.

Me dirigí, nuevamente a Jesús, diciéndole que me llamaba Mario, que era el enfermero, y pidiéndole que por favor, me abriera los ojos, para intentar conectar con él, se mostraba reticente, pero finalmente accedió. Aquella mirada limpia, frágil e inocente facilito mucho no, muchísimo la intervención. Era una mirada que hablaba de sufrimiento, cansancio, hastío y de vulnerabilidad. Era una mirada indefensa, amable y sencilla, que sobre todo estaba pidiendo ayuda. Su rechazo inicial hacia nosotros por la llamada de María, se había esfumado, recapacito, y fruto de la sabiduría de vida que le acompañaba, supo darse cuenta que nuestra presencia era indispensable en ese momento. El milagro del contacto terapéutico, se había vuelto a presentar. Jesús se entregaba en cuerpo y alma al equipo sanitario para que gracias a su pericia, conocimiento, experiencia y compasión, le sacaran de aquella situación farragosa en la que se encontraba. Que se hicieran cargo del dolor físico que presentaba en todo su cuerpo, parasen sus hemorragias, y volvieran su respiración a un ritmo normal.

Mientras descubríamos su cuerpo de la ropa que lo abrigaba, él nos insistía que tenía mucho frio. Era ropa limpia y perfectamente aseada, haciéndonos parecer que era imposible estar tan digno en aquel hogar en que habitaba. A través de un acceso venoso, le administramos calmantes que mitigaran su dolor y suero caliente que adecentara y equilibrara su temperatura, unas gafas nasales subieron su nivel de oxígeno en sangre, y cuando la situación y las diversas técnicas que le realizamos lo permitieron, ayudados por tableros, férulas y camillas accesibles al lugar y al medio, nos dispusimos a trasladarle hacia la ambulancia. De reseñar fue también la colaboración policial, tan profesional y efectiva como de costumbre.

Sujetaron y transportaron la camilla tal como se les indicó, desde donde se encontraba el paciente, abrieron paso entre los enseres diversos, que dificultaban el paso de la comitiva que trasladaba a Jesús, y nos ayudaron también con los aparatajes y mochilas de emergencia que subimos hasta ese hogar. Ese lugar que parecía el portal de Belén, dado el nombre de las personas que en el habitaban.

En mi camino hacia la ambulancia, tuve ocasión de ayudar a María para coger su documentación y cosas más importantes, pues aquella estancia, en su ausencia de ellos dos, quedaba a merced del diablo. En ese tiempo María me relato que hasta allí habían llegado hacía apenas dos meses, pues perdieron la casa en propiedad que poseían en un pueblo de Segovia, a cuenta de los impagos al banco. Años atrás, Jesús había vivido holgadamente en esa localidad, hasta que se separó de su primera mujer y había caído en las garras del juego y el alcohol. María lo conoció hace ya 6 años y desde entonces, sus vidas se habían unido para siempre.

Remontaron la situación de Jesús, pero al perder ella su trabajo, las deudas comenzaron a ahogarles más de la cuenta, y su situación económica se tambaleó para más tarde colapsarse, fruto de lo cual se vieron obligados a vivir en la calle. Ella era 14 años mayor que él, me contó, pero quizás su madurez y liderazgo fue el bálsamo que necesitaba Jesús en aquella etapa. Incoherencias de la vida, esa situación calamitosa económicamente hablando, por la que estaba pasando esta pareja, se desarrollaba a escasos 2 kilómetros de una de las urbanizaciones más opulentas, lujosas y adineradas de la región de Madrid. El éxito y el fracaso, a veces penden de un hilo muy fino. La crisis social y de valores por la que pasamos actualmente, más importante aún que la económica que este por venir, son el caldo donde se cocinan estas circunstancias de la vida de nuestros pacientes.

María con una dulzura exquisita, me fue poniendo en aviso de los diversos obstáculos que encontrábamos en nuestro discurrir hacia la ambulancia, Hasta ella llegamos los dos rezagados, pero sanos y salvos, no sin antes entornar la puerta de la valla metálica que nos llevó hasta la calle. Ya dentro de la ambulancia, se encontraba Jesús, donde había sido trasladado por el resto del equipo asistencial. A nuestro encuentro acudió un policía acompañado de uno de los técnicos de emergencias de mi equipo. Su acercamiento hacia María, no pudo ser más cariñoso. El sanitario le indicó el hospital al cual sería llevado el paciente y que según las instrucciones no podían llevar a familiares, pero que por supuesto ella era más que bienvenida a montar en el vehículo si así lo consideraba, ante lo cual María mostro un tremendo agradecimiento. Tomo sus enseres de viaje y la ayudo a montar en la parte delantera del vehículo, al tiempo que ella agradecía al policía toda la ayuda recibida por parte de todo su estamento.

Me dispuse a entrar en la parte posterior de la ambulancia medicalizada. Nada más verme Jesús me reitero que tenía mucho, mucho frío. Me hice cargo de la queja, subí aún más la intensidad de la calefacción y añadí una manta extra a su delgado y destemplado cuerpo. El médico me indico que bajara el volumen de oxígeno que le estábamos administrando y que preparase una dosis extra del potente calmante para mitigar su dolor y padecimiento. Minutos después el paciente nos devolvió con una sonrisa su confort, yo también le sonreí, pues procuro utilizar siempre la sonrisa como un ingrediente importante en los cuidados a mis pacientes.

Testados continuamente sus signos vitales gracias a los monitores y dispositivos, objetivamos lo medible, pero otros muchos parámetros físicos y emocionales, se nos escapaban. El crear confianza con el paciente, al igual que el conectar con su alma a través de la mirada, como hicimos anteriormente, disminuiría muchos sus miedos a lo desconocido y a lo que estaba por venir. El trato se mostraba, una vez más, tan efectivo como el tratamiento.

La ambulancia comenzó su movimiento camino a La Paz, hospital al cual nos dirigíamos, de acuerdo al mecanismo traumático de caída, así como a sus potenciales daños secundarios que pudiera sufrir Jesús; no sin antes ser confirmado con esmero por el médico de la dotación a través del procedimiento adecuado para estos casos.

Jesús con su tendencia al sueño, despertó mi inquietud, y procedí a valorar su nivel de conciencia. Le pregunte que donde había nacido y el me respondió que en la milla de oro de Madrid, con lo cual procuró llamar mi atención. Al hilo de su respuesta, le pregunte que si en la misma Calle Serrano, ante lo cual él me respondió que muy cerca de allí, pero que fue pasajero, pues su niñez y adolescencia fue en una chabola en la zona noreste de la capital hasta la edad de 17 años. Allí mismo habían sido reubicados en un piso de realojo. Jesús, me dejo ver que su niñez y su infancia no habían resultado nada fácil. La vida le había puesto a prueba desde sus inicios. Al tiempo que con mi mirada confirmaba la situación y evolución de sus signos vitales, le pregunte que como estaba su dolor, ante lo cual el me respondió: Mario, muchas gracias me encuentro mejor y ya con menos frío... Esa educación y pulcritud en sus respuestas me congelo por dentro, zarandeo mi corazón. Que templanza y que serenidad mostraba, mi admiración hacia su vida, atrapaban toda mi conciencia. Me sentí privilegiado, al mismo tiempo que un gran honor, al poder servir en un situación tan difícil como la que estaba viviendo Jesús. Que afortunado era yo, de poder entrar en la vida de una persona que tanto me estaba enseñando, en comparación con la fácil y acomodada vida que yo he tenido. Que capacidad tan grande para sobreponerse a los problemas y que amor incondicional le brindaba María.

Pase a preguntarle qué en que había trabajado, ante lo cual el me contesto: Yo fui bastante mejor que el Poli Díaz, el potro de Vallecas, al tiempo que una sonrisa dibujo su cara, .. Sí, créeme que yo era mucho mejor. Deduje que había sido boxeador profesional lo cual confirme al mirar su nariz, deforme y lateralizada en su punta hacia el lado derecho, secuela de una de aquellos combates disputados en el ring....El tiempo no dio para más...La ambulancia se detuvo en el túnel de urgencias, y procedimos a dejarle en el interior del hospital. Una maraña de trajes blancos y verdes se hizo cargo de la situación y de nuestro paciente en el Box Vital de aquel lugar. Se retiraron nuestros cables y aparatos, los cuidados y tratamientos hospitalarios se hicieron cargo de Jesús y tras dejarle en buenas manos, nos dispusimos a reponer, limpiar y colocar todo nuestro material. Había que ponerse a punto para otro reto que nos dispusiera la guardia, para poder ayudar, o curar, diagnosticar o sólo acompañar al que nuevamente solicitase nuestra presencia.

Que suerte tuvimos aquella noche de poder cuidar a Jesús y responder a María. Que afortunados de poder entrar por ese pequeño tiempo en sus historias. En verdad, tenemos una tarjeta vip para acceder a la vida de las personas, con mucha frecuencia en los momentos más críticos y difíciles de sus andaduras. Y como siempre cuando ayudas al frágil, y si encima no le juzgas, nunca te equivocas.